

# Editorial



**P**arece ser que, tras el choque que supuso la primera oleada pandémica de la Covid-19 en la primavera de 2020, poco a poco nos vamos acostumbrando a la llamada «nueva normalidad» de pánico sanitario más o menos espontáneo y de distanciamiento social más o menos forzoso. La vida va retomando su curso y ya intentamos poder pensar también en otras cosas. Los viejos problemas y conflictos no han desaparecido a raíz de la emergencia médica. Los eternos interrogantes sobre lo que somos, de dónde venimos y adónde vamos siguen suscitando nuestra reflexión, también al hilo de la ficción especulativa, en su calidad de forma artística centrada en el pensamiento, sea este el científico o el mítico, religioso o mágico. Esos interrogantes fundamentales han inspirado gran parte de las contribuciones a este número, en todas sus secciones.

En la de Miscelánea, Moshe Pinchuk glosa las semejanzas entre la sociedad del planeta Solaria, imaginado por Isaac Asimov, con la que se barrunta que pronto será la nuestra a causa de la pandemia actual y la desconfianza que nos suscita hoy el contacto físico con otros seres humanos o incluso su mera cercanía. En Solaria, el desarrollo tecnológico permite que toda la vida social se desarrolle por pantalla interpuesta. ¿Es ese tipo de sociedad a la que vamos? ¿Es la que queremos? Pinchuk no contesta estas preguntas, pero la analogía con Solaria es de por sí bastante elocuente. Algunos ya están en ella, incluso con gusto; para otros, la perspectiva de tener que renunciar a sentir la proximidad física de los demás se parecería más bien a un castigo hecho posible por la tecnología y sus tentaciones. Ya no habría que esperar a morir para experimentar el sufrimiento de la soledad y la lejanía mutua, sin amor, en que la teología cristiana más reciente cifra la esencia del tormento en la otra vida.

Este infierno teológico, que tras los infiernos mitológicos de la Antigüedad (Homero, Virgilio, etc.), ha inspirado un amplio acervo de visiones sobre el más allá, ha ganado en variedad en nuestros tiempos posmodernos. David Pujante repasa en su ensayo distintos aspectos del infierno según autores contemporáneos, para los cuales ese otro mundo puede ser tan banal como el nuestro, o parecerse a un terreno de juego de aire futurista en que evolucionan personajes tomados de la ciencia ficción popular. Al fin y al

cabo, la Teología ha tenido durante siglos la consideración de reina de las ciencias y, por eso, no habría por qué excluirla de la ficción científica. Al contrario, las novelas «infernales» posmodernas comentadas por Pujante sugieren que la reflexión racional que implica la teología no tiene por qué atenerse a los dogmas de una religión cualquiera. Es más, como suele hacer la ciencia ficción, esta de tipo teológico también puede ayudarnos a reflexionar sobre nuestro mundo, ahora aparentemente tan «infernalo».

Aparte del estudio, más técnico, de Andrés Torres-Scott, en que repasa críticamente la bibliografía sobre la relación literaria entre Lovecraft y Borges en torno al cuento de este último «There Are More Things», las Reflexiones de este número plantean cuestiones de orden filosófico que contribuyen también a ilustrar, desde diversas perspectivas, la cosmovisión posmoderna. Pascal Lemaire explica la dificultad de escapar a ella, así como a la tradición metafísica occidental moderna, a la hora de crear ucronías o historias alternativas a la de la Antigüedad documentada. Diríase que, al igual que el infierno tradicional ya no se entiende hoy, tampoco entendemos que unos personajes antiguos dotados de una mentalidad (pos)moderna en la ucronía atentan a la verosimilitud, aunque esto resulta tal vez inevitable. Pese al relativismo posmoderno, parece que somos absolutamente prisioneros de la mentalidad contemporánea, además de parecer casi completamente incapaces de salir de ella ni de cuestionarla en lo esencial.

Miguel Sebastián Martín incide y profundiza en el carácter filosóficamente totalitario del relativismo posmoderno a través del estudio como obra híbrida de metaficción y ciencia ficción de la película *Los cronocrímenes*, de Nacho Vigalondo. En ella, el viaje en el tiempo funciona como una alegoría (más bien parábola) de una subjetividad confusa y desempoderada, incapaz efectivamente de ser inmune a la influencia de la industria de entretenimiento audiovisual, incluso en algo tan esencial como lo sería la experiencia del tiempo.

Con estas visiones implícitamente críticas con un posmodernismo aún hegemónico contrasta el hincapié hecho por Andrea Serrano Serrano en su potencial liberador desde el punto de vista de determinadas categorías, humanas o no, que han podido, al menos en teoría, aprovechar el descentramiento inherente al relativismo posmoderno para hacer avanzar una concepción menos jerárquica de la comunidad, frente al antropocentrismo supuestamente propio de la modernidad, así como de la colonizadora raza blanca. Al hilo de la reciente novela *Lagoon*, de la autora nigeriana Nnedi Okorafor, observa la manera en que una ciencia ficción escrita por africanos del centro y sur del continente, dentro de la corriente llamada

afrofuturismo, interviene valiosamente en el debate público en favor de causas que, como el medio ambiente, están ampliamente consensuadas en la actualidad en las antiguas potencias coloniales, pero no tanto quizá entre los ciudadanos y, sobre todo, los gobernantes del país de la autora, y de ahí la utilidad social de este tipo de ciencia ficción posmoderna políticamente comprometida.

También muy comprometida políticamente parece la novela de Guillém López titulada *El último sueño* (2018), descrita detalladamente por Miguel Ángel Albújar-Escuredo en su reseña de la sección de Crítica. El mundo de esa novela, basado económicamente en una explotación energética y social insostenible, está sujeto a un orden teocrático al que se oponen unas fuerzas revolucionarias que, ya triunfantes, acaban implantando un sistema tan opresor como el anterior, aunque sus bases sean distintas. Este desarrollo de los acontecimientos dibuja una distopía que no es conservadora. No se trata de disuadir de intentar cambiar un estado de las cosas injusto, sino de hacer entender que la política, por sí sola, no basta. No habrá cambio para mejor si el cambio no se funda en la ética, en una revolución que ha de ser tanto moral como política. López va, por lo tanto, a contra corriente de la política actual que, siguiendo las recomendaciones gramscianas, supedita todo cuestionamiento moral a la conveniencia ideológica, lo que nos ha llevado a unas sociedades en que los políticos de cualquier signo ideológico mienten y engañan sin pudor, y sin siquiera disimularlo, en pro del triunfo de sus planteamientos políticos.

¿Es la novela de López un indicio de que la moral vuelve por sus fueros al menos en la literatura? No nos atrevemos a realizar tamaña afirmación, pero nuestra modesta aportación al rearme ético se desprende del tenor de la mayoría de los textos de la sección Recuperados. «El mal, el bien, la justicia y la ley» (1909) es una parábola de Leopoldo Lugones, traducida al inglés por Álvaro Piñero González, en que una ambientación épico-fantástica sirve para hacer ver la manera en que la falta de ética retuerce la justicia para sus innobles fines, en ese mundo fabuloso y, por analogía, en el nuestro. La serie de relatos épico-fantásticos *realistas*, esto es, sin elementos sobrenaturales que rescatan las traducciones de Mariano Martín Rodríguez inciden en visiones semejantes de sociedades imaginarias de aire exótico sujetas a la inmoralidad de sus dirigentes, antiguos o nuevos (los de la historia de Benagissal imaginada por el autor español de lengua catalana Alfons Maseras y los de las tribus del desierto del relato del brasileño Humberto de Campos), para sufrimiento de sus pueblos y destrucción de las escasas personas íntegras, aunque algunas de ellas, como el joven rey

triunfante del belga de lengua francesa Jehan Maillart o el último santo del rumano Ion Pillat abren una puerta a la esperanza, a veces paradójica. Íntegramente pesimistas son, en cambio, las historias de la Atlántida propuestas por el francés Jean Richepin y el portugués Teófilo Braga, si bien el primero atribuye la responsabilidad del mítico cataclismo a los hombres, tanto bárbaros como ultracivilizados, y el segundo a los dioses, celosos de una utopía primitiva irrepetible. Posteriormente, habida cuenta del comportamiento humano, solo parecería ser posible la imagen lúgubre y lovecraftiana de la simbólica urbe ignota del poema catalán de Jeroni Zanné, traducido al inglés por Sara Martín.

Frente a estas parábolas negativas, otras muestran las alternativas positivas posibles si se produce una mutación interna de la persona. Así hacen el francés Édouard Ducoté en su cuento sobre el viajero que alcanza una plenitud, por desgracia incomunicable, en medio de la ciudad de los ciegos, y el italiano Arturo Graf en su microrrelato sobre la puerta cerrada que acaba abriéndose al individuo que acepta su naturaleza cuando renuncia a conseguir su propósito por la fuerza. Ambas narraciones pueden considerarse a la vez precursoras y contrapartes de dos clásicos modernos mucho más conocidos, a saber: «The Country of the Blind», de H. G. Wells, y «Vor dem Gesetz», de Franz Kafka.

También ofrecen modelos positivos las especies y ecosistemas naturales o sobrenaturales descritos empleando el discurso retórico de la historia natural por el rumano Pavel Vasici-Ungureanu, el francés Camille Mauclair y el suizo de lengua romanche Sep Mustet Nay. Las lágrimas del primero, los elfos del segundo y el bosque del tercero dibujan alegorías morales que hacen reflexionar, respectivamente, sobre la variedad psicológica y sus consecuencias éticas en un sentido relativista pero éticamente firme, la posibilidad de una felicidad sobrehumana según el ejemplo de unos desencarnados elfos y la fuerza de una comunidad que conjugue competencia interior y unidad frente al exterior. Son tres visiones éticas muy diversas que ilustran, no obstante, el hecho de que la variedad en la moral, dependiendo de la perspectiva adoptada, no supone la inexistencia de valores firmes, ni en ética ni en estética. Los estudios y textos literarios publicados en este número de *Hélice* contribuirán tal vez a demostrarlo, lo cual podría revestir alguna utilidad en estos tiempos de grave crisis. Si conseguimos hacer al menos reflexionar a nuestros lectores acerca de ello, al tiempo que los hacemos disfrutar inteligentemente con y sobre la ficción especulativa como ha sido siempre nuestro propósito, el subtítulo de esta revista habrá cobrado uno de sus sentidos.